

# Dilema Otoñal

FRAGMENTO DE *MILAGRO INFAME* (EDITORES ARGENTINOS, 2013)

POR LUIS THONIS

Ensayista y poeta. Publicó: *Siglo de manos y la criatura* (poemas, 1987); *Eunoe* (poemas, 1991); *Cuerpos inéditos* (relatos y poemas, 1995); *Estado y ficción en Juan B. Alberdi* (ensayo, 2001); *No vienen avispa* (poemas, 2012). También publicó los siguientes ensayos: "Iniciación al nombre" (*Literal*, 1977); "La risa del tiempo" (*Sitio*, 1981); "Dos teoremas en Oliverio Girondo" (*Xul*, 1985); "El surrealismo envejece mal" (*18 Whiskys*, 1990); "El último Sarmiento" (*La Buraco*, 1992); "Pasolini: una provocadora independencia" (*Tokonoma*, 1995); "Arlt y el cero imperativo" (*Tokonoma*, 1996); "El Matadero: drama y construcción" (*Pluma y Píncel*, 1997); "El error de escribir" (*Abyssinia*, 1999); "Baudelaire: el comediante papal" (*Diario de Poesía*, 2001); "Giacometti y la vigilia de las estatuas" (*Tokomoma*, 2005); "Una generación de granito" (Universidad Nacional de Córdoba, 2008), "Osvaldo Lamborghini y Yukio Mishima" (*Tokonoma*, 2010) y "Lecturas de Museo" (*Libros peligrosos*, 2011).

**M**atar a las personas, es idiota, se dijo, lo difícil es alcanzarlas en la primera luz de su infancia, en la que han sido crueles por primera vez. El asesinato es la carnada astuta de un dios oscuro que sirve para disimular el verdadero naufragio, que puede acontecer en una playa solitaria o en un resplandor grisáceo que se pierde en unos dientes ennegrecidos, en la fatiga cotidiana donde descansan hasta no dejar huella el veneno y el crimen.

Todo lo había planeado, estudiado, escrutado y cuando estaba a punto de declararse vencido, dispuesto para escuchar la risa interminable de esos antiguos espectadores —donde, para que la cosa se agrave, se escurren algunos aplausos que luego desencadenan la algarabía general ante su magistral fracaso—, surgió en un silbido de viento ese olor de algas, esa franca y espesa podredumbre que podía ser fértil para cada uno de sus anteriores actos.

Ya ninguna mujer lo vería como un animal al acecho al ver sus rasgos contritos, con una tristeza que ninguna podría conjurar ya que ellas eran la causa de un oprobio que no era humillación ni embriaguez.

La mujer hablaba más por las espaldas que por la boca. Las únicas impresiones que registraba venían de esas viejas heridas que fue sufriendo a lo largo de los años, a medida que, a cada otoño, iban transfigurándose en otras tantas escenas, con otras fibras, cenizas grises y tibias hasta que todo se presentaba en términos lógicos: la etimología de la palabra guerra, pensó, es confusión y él se movía con habilidad en ese rompecabezas, trabajando a veces las escenas hasta llevarlas como un

director a las plásticas modulaciones de lo teatral, como quien nunca podría identificarse a los objetos de su compasión, y no podía aseverarse de que ella, austera y circunspecta, pero solapadamente enfática en cada paso, surgida de ese montón de piedras y desechos, fuera una de esas pícaras bromistas de ceño nunca fruncido, conocidas en una iniciación vivida como suplicio. Era inútil seguir pensando. Ella apuraba el paso. Sus piernas le pesaban como medallones. La imaginó fría, despiadada, con cierta mueca en el centro del silencio grávido. Sin embargo, ella se detuvo, comprendiendo, acaso, su momentánea parálisis, porque ante la posibilidad de volver a alcanzarla sus miembros otra vez cobraron vida, la sangre volvió a circular, habitado ahora por un brío primaveral, como el polvo de un ladrillo en el dorado aire del otoño sin nitidez, ensombrecida premonición de ojos glaucos tendidos hacia la línea convergente y pensó en encararla, pasar por delante de ella y volver sobre sus ancas, como quien en un sueño gira la cabeza suavemente de su almohada, y abordarla con valor, con otro espíritu al del fénix de los otros encuentros cenicientos que se disparaban como menudos perdigones, apilándose en montones de pajabrava.

Y la miró con el aire lejano, curioso, donde no suenan, pero cosquillean las campanas; el aire cordial de quien pregunta una dirección o el nombre de una calle, aunque la cadencia final de sus palabras para su desagrado tuvo algo de ruego.

—¿Se puede saber lo que quiere? —ella, sin vacilar, invadida por una luz menuda.

Le pareció escuchar un lejano gemido en la noche que lo hizo titubear. Vio que su rostro límpido a pesar de tantas cremas, de grandes pupilas, emergía franco hacia él con algo de ingenuidad encantadora.

—Yo no quería molestarla. Escuché algo así como un grito. Le pido disculpas, a mí me dan miedo otras cosas. Se irritó menos por haber dicho eso que por la estúpida jerigonza de un modo de hablar que evocaba su íntimo dilema y lo mostraba tan timorato. Estuvo a punto de pronunciar la palabra celeridad, no sabía para qué. Pero todo esto a ella le resultó gracioso. Soy yo, le dijo ella, displicente, la que debería tener miedo a estas horas. Lo miró con la expresión que se otorga a una simpática extravagancia. El estuvo a punto de volverse. Por primera vez quiso huir, hundirse en las profundidades de un espejo donde entre miles de reflejos se perpetuaba una misma imagen congelada.

Ella dio un paso hacia él: en estos tiempos nadie sigue a una mujer por la calle, salvo para asaltarla o cosas peores, dijo, con sorna contenida: ¿usted se propone eso? —insistió.

—No, por favor, señora —balbuceó y buscó en el rostro de la mujer ese miedo ancestral y fluctuante que oscureciera esas grandes pupilas o las mostrara en tensión.

—Señorita —lo corrigió la mujer—: ¿acaso le parezco vieja?

—No, usted es un bombón —dijo, sorprendido por esa salida.

—No puede ser —se rió la mujer—: en mi vida me han dicho eso.

Ella esperaba algo, no seguía caminando; el olor de algas crecía junto al del esmalte de sus manos bien acicaladas y al reflejo de sus varias alhajas. El creyó que ya no podría decir otra palabra.

Desde las acequias, se oyó un salpicar de aguas. Varios olores rancios se le hicieron manifiestos; los buscaba como una hogaza para conjurar el de las algas, pero sólo memoró otro olor, el de avellana, que conoció al bajar de la estación. Ella esperaba algo de él: su sonrisa era cada vez más franca, lo cual redoblaba el desafío que ella significaba por la inocencia con la que coexistía. Ella no quería burlarse de él, y para su sorpresa, eso lo ofendía mucho más, penetraba en su piel como un venenoso retoño que no sabía en qué podía germinar. No quiso darse la posibilidad de un acto: —con ella no, se dijo, esta vez no, por favor— y se hubiera encomendado a Dios, pero para él sólo cabía esa divinidad oscura, enmascarada con los atributos de un padre protector era la máxima responsable de todo. Se quedó ante ella inmóvil, evitando a duras penas el gesto de taparse el rostro de mejillas hinchadas.

—Vos, dijo la mujer, te parecés a un amigo que quise mucho y que ahora está en Europa. Si querés, podés

acompañarme hasta mi casa —el tono de ella cambió, como si fuera el de una telefonista.

Y como si nada, retomó sus pasos, cada vez más ligeros, no supo si para alejarse de él o para ir hasta su domicilio, donde probablemente lo invitaría a pasar, tratándolo como un hombre cualquiera, aun si ya debería haberse dado cuenta de que él no iba a sumarse a sus conquistas. Sus pasos eran ligeros, cada vez más entonados, como si se posaran en una hierba pareja y pudieran danzar a cada momento, pero no iban en línea recta hacia los grandes edificios, doblaban por una calle, tomando por un sendero sin grava ni hojas, semejante a donde la había visto por primera vez, si con ella había esa vez primera, eludiendo con un salto los canchales de césped, hasta dar en unos tramos de tierra de una casa en construcción, luego del cual, tras esa imagen de desierto se extienden parejas y coloridas veredas, pequeños jardines que llegaban a un paredón alto y blanco, con verdes oscuros por la abundancia de retamas, malvones y madre selvas hasta perderse otra vez en la sombra de pabellón que ahora oblicuamente venía de los grandes edificios, hacia el que ascendían como anillos los cables de la luz.

Él estuvo a punto de decirle: viven como hormigas, pero le salió otra cosa: no hay nadie en la calle. Estamos nosotros, dijo ella, siempre irónica, haciendo un gesto nunca visto de "sígame", como si ella llevara las riendas, controlase todo, apurando el paso no para huir de él sino para sumirlo en el vértigo, hasta que fue aminorando el paso, se tocó los zapatos de altos tacones; había sentido una molestia en su pie. Ella giró la cabeza hacia él, y susurró: "me duele un poco", como para que él la tocara y sostuviera y bajando la voz, casi susurrando un secreto le preguntaba por qué no caminaba junto a ella. —Usted camina muy rápido —dijo con un temblor en su voz y dando un paso atrás.

—No, es usted el que va lento.

Ahora su paso se pobló de armonía al resarcirse, mostrándole la espalda con un gesto provocativo que conocía de memoria en las películas. La seguía con el ritmo de su respiración ahogada poco a poco por ese aroma pútrido de algas que de pronto se volvían perfume y su corazón estaba agitado por un latido, único, el del tiempo detenido, y descubrió en un resplandor rojizo que todo eso iba volviendo más afable, hacía de ellos la noche.

Él se sentía andar por una niebla repulsiva. No se preocupó de que ellas no fueran nombradas por torpes y chistados pronombres, y sí de que él fuera el mismo, y tuviera que dar cada paso no como el cazador que va tras la presa, con calculada actitud predatoria, sino como la bestia que es impulsada por un rebenque. Cada cosa en esta tierra se aferraba celosamente a su lugar. Una mujer caminando siempre le resultó la cosa menos asible del universo. ¿Por qué de tan poca materia nacía tanta vida, ▶

▶ tanto dolor? Era algo demasiado gratuito, insultante como para soportarlo. Y ella flotaba más que caminaba y era la primera que lo invitaba a seguirlo. Una mujer que recordaba a alguien parecido a él mismo. No pudo evitar preguntarle:

—¿Y qué tan parecido a mí es su amigo, el que está en Europa?

—No sé —dijo ella sin volverse—: a vos no te conozco. Pero los dos son mi tipo de hombre.

“Hombre”, esa palabra sonó cuando la noche dejaba de ser un manto oscuro que con indiferencia aceptaba sus pasos lastimeros. Lo llamaba así con la misma facilidad con la cual las golondrinas sacuden su pico mojado y se dijo que el hombre era el ser que podía elevar a la mujer a su condición de tal, pero no al revés. Había en su frente una gota de sudor que pudo caer en un rosal sujetado con un alambre donde las flores exánimes tenían el color de la carne penetrada por clavos oxidados. Apuró sus pasos, otra vez estaba próximo a ella; antes la había sobrepasado, pero eso no significaba para nada que ha hubiera alcanzado. Ahí estaba: esta vez podía hacerlo, pero porque ella quería, y tal es así que no estaba enterada para nada de su condición de presa. Más que absurdo era ofensivo que la presa, él, siguiera aplicadamente a su Diana cazadora.

Con suave plasticidad se volvió hacia él, que se adecuaba a su lugar indefenso, con la fingida modestia del ave que se estremece cuando se le roza el ala. Ella ya no cuidaba las formas y venía hacia él como quien se sabe vencedora, con un renovado desafío:

—¿De qué tenés miedo, tonto? —lo miró con los ojos fijos, desplegados en un círculo de sombra verde oscuro. También vio asomarse sus pechos y no quiso pensar que de ahí procediese el olor de las algas. Vio desplegarse en figuras a sus labios apretados. Ella acariciaba las palabras:

—¿Tanto miedo tenés de una mujer? —le espetó y él sintió que le escupía en el rostro.

Y luego de un jadeo, esbozó una sonrisa más despareja que las anteriores. No sabía que significaba, acaso, que el olor de las algas no era sino el de su sexo. —Miedo, no es eso lo que tengo —dijo, reconociendo que ella podía dominarlo, hacer lo que quisiera con él, mientras lo tuviese de frente.

Eso suponía un cambio violento de condiciones. Él sabía todo de las mujeres siempre que las tuviese de espaldas. Nunca antes otra lo había hecho balbucear. Apenas hubo palabras entre ellos. Tuvo la impresión de que toda su nostalgia era amenazada de un golpe y se preguntó qué podía quedar de él de extraviarse de su dilema en esas calles agobiadas de grises turbios y resplandores de furtivas chafalonías.

Sucedía que la noche era de ellos. El tic tac de su reloj de luz era un eco lejano. Lo único que escuchaba

era el latido de su corazón. El de ella tenía el mismo ritmo que el suyo, pero lo recorría un escalofrío cuando balanceaba su cartera, sus pestañas danzaban y toda ella se resumía en un punzante color de esmalte transfigurado a gusto de quien la mirase.

Obviamente no le interesaba inquirir en su enigma. Para ella, él era un hombre más. Tal vez se interesaba en él por el recuerdo de su amigo ausente. Estuvo a punto de preguntarle su nombre. Lo irritaba que ella lo tratase como si en el universo no hubiera cosa enigmática. Ella se mostraba plástica y divertida; reía donde las otras sentían terror; se frotaba las manos con crujidos secos. Al tratarlo como una conquista suya, injuriaba toda su vida anterior.

—Usted —se atrevió, solícito— se considera un ser superior...

—Usted... usted y usted —la mujer repitió cada vez más irónica ese comienzo de frase, con una voz añiñada, como si hiciera juegos de palabras y finalmente concluyó, más decepcionada que hostil: así no vamos a llegar a nada. No sé para qué me puse a hablar con vos. Vi que me seguías y nunca ibas a acercarte, por miedo. Mi amigo, Carlos, no tiene miedo. Pero qué parecidos que son: él está metido en política, vos no creo, pero estás detrás de una gran causa —ella quiso dar un sentido irónico a la frase, dio un gran suspiro que no supo si era de fatiga o de alivio.

—Usted —volvió a reiterar con un temblor en el espí-nazo, hurgando un perdido acento que lo explicara, ahogándose en su turbación—: tiene que entender, no se da cuenta de nada.

—Sí, me doy cuenta del día que me tocó. Trabajo en un boliche. Sirvo copas. Pocas veces llevo a acostarme con alguien, tiene que gustarme mucho, si no digo que no. Igual cobro caro, esto vale —ella se pasó las manos por las puntas de los pezones, sin tocarlos. Y a la noche me encuentro con un tipo que me sigue, me recuerda al hombre de mi vida, y me trata de usted y usted. Te lo digo rápido, pensaba invitarte a mi casa. Pero no quiero forzarte a nada. Vos debés ser virgen... algo muy jodido te pasó, ¿no es cierto?

Miró, hierático, las líneas de sus venas, temeroso de que la mujer le hubiera inyectado algo.

—En otoño —dijo por decir— todo me resulta difícil. —¿No ves?: sos demasiado tonto para una mujer como yo. ¿Qué es lo que querés de mí? —la voz de ella trataba de puntualizar cierta ternura para que pudiera captarla. El la sentía arrolladora. Iba a decir: seguirla, alcanzarla, pero se calló. Ella hablaba con desnudez, como si ensayara cuentos para una fiesta infantil que disimulaba un sarcasmo.

—Si querés podemos hablar. Vos contás lo que te pasa en detalle, tomamos un buen vino, tengo algo de comer. Después podemos hacer otras cosas, gratis por supuesto. Me gusta que seas así, tan delicado, pero no exageres tanto.

—Hablar —casi susurró él, como si eso lo situara al borde de la confesión.

—Hablar y hablar. Todo el día estoy escuchando idioteces. Mejor dicho: a la noche. Ya deben ser las tres. Estoy bastante mareada... tomé un poco de blanca por joder.

Ya era tarde para que pudiese engañarlo. Hablar, es una forma de perder el miedo después de todo, seguía la mujer, con una risita aguda que le cosquilleaba el pecho, próxima a la carcajada y volviéndose más grácil y etérea al retomar el paso. Debía ser un método infalible para la mayoría de sus clientes. Conmigo no resultará, se prometió, y miró su cartera, pensando arrebatársela y salir disparando para que lo tomase por un ladrón. Pero no podía robar, y menos a una mujer como ella, a quien sólo podría amar después de haber asesinado. De haber sido ladrón, habría robado en una joyería el mejor reloj para ofrendárselo. Eso era inútil: siempre habría otros relojes y el tic tac del de su mesa seguiría arrastrando sus agujas. Contradecía lo que informaban sus espaldas con un

desparpajo cercano a la desfachatez. Esto significaba otro golpe: creía tener a tiro a las mujeres al estudiar sus pasos y sus espaldas. Ella no era para nada la mujer nocturna, lívida y de párpados melancólicos que había imaginado. Negociaba con el amor y las debilidades de los hombres. Y parecía drogada. Ella era en cierto modo peor que él: nunca podría igualar la serie interminable de sus pequeños asesinatos. El no era quién para juzgarla. Pero no sería una de sus presas. Ella sería *la presa* y no por una cuestión personal. Una divinidad oscura había dispuesto así las piezas. Pero en ese momento se mostraba impotente para cualquier tipo de acción y volvió sobre su nostalgia, esos tan idénticos amaneceres, esos viajes que hacía con actitud de sonámbulo, bajándose al azar en cualquier estación, buscando calles donde los párpados no pesan, abriendo sus ojos furtivos entre ocres lamparones, evitando mirar a esos sórdidos cupidos a punto de descolgarse de la casa abandonada como una deyección contenida en la piedra. •

## Acerca de *Milagro infame*

POR LILIANA GUARAGNO

Publicó los libros de cuentos *La mujer del sombrero rojo* (1989), *Final del día* (1993) y *Baldío* (1997); en poesía *Los vientos amarillos* (1997) y *El tiempo uno* (2009); las novelas *Itinerario de una insensata* (2004) y *Desperfecto* (2009); y ensayos sobre Felisberto Hernández, Néstor Sánchez, Alejandra Pizarnik, Julio Cortázar, Osvaldo Lamborghini y Roberto Raschella, entre otros. Tiene inéditos tres libros de cuentos, algunos de esos cuentos fueron publicados en revistas: “No podré responder”, “Recortes”, “Espacio de sombras”, “La respuesta”, etc.; y un libro de micro-relatos (escribiéndose a través del tiempo), muchos de ellos se van publicando en *Del Sur*, Agenda Cultural de Quilmes.

¿Cómo hablar de *Milagro infame*? Comienzo por señalar la relación de Luis Thonis con el consenso: es un escritor a contracorriente, cualquier texto suyo de cualquier época siempre se lo encontrará en tensión con sus contemporáneos.

Andrés Monteagudo a propósito de *No vienen avisapas* (Leviatán, 2013) se refiere a “un medio ambiente acostumbrado a incorporar las prevenciones administradas casi por reglamento en los medios, en los claustros y en boca de los popes de la intelectualidad. Pero los libros de Luis Thonis se escriben de otra manera”.<sup>1</sup>

No hay quien hoy se quiera ajeno al “sistema” pero

Thonis no ignora que hoy el “anti-sistema” se transformó en sistema y su libro lo ejemplifica cuando se refiere a una nueva clase de escribas, los zartistas, pequeños zares subvencionados por el Estado Clepto-mafioso.

La exterioridad radical de Thonis a la cultura argentina de las últimas décadas es una evidencia irrefutable. La llama “ideología argentina”, el populismo lleva la voz cantante pero impregna a todos los partidos políticos y a gran parte de la población. No lo digo como un juicio de valor sino como un hecho, confirmado por la mayoría de las lecturas favorables.

Lo que ha hecho es tomar tal o cual género —poesía, ▶

"*Milagro infame* de Luis Thonis es un libro que va solo. Que no se codea, que no guiña, que no busca armonizar en la postal monocroma de gran parte de la literatura que se escribe hoy en la Argentina. Un libro a contramano de la época que nos ha tocado en suerte. Un libro en contra de su tiempo, o sea. Anacrónico, en el sentido mureniano. Un libro que, como los de Murena, dicen lo que no hay que decir, lo que no se debe decir. Lo que la época (las jaulas, los fórceps, los chalecos doctrinarios de la época: el Dictum) no quiere que se diga. Un libro contra el que, inevitablemente, chocan y rebotan los zombies de la época, sin poder entrar".<sup>4</sup>

Para leer los relatos de *Milagro infame* hay que salir, entonces, de las lecturas de Procasto (Procasto, el bandido aficionado a cortar o estirar extremidades —pies, manos, hasta cabezas— para que los cuerpos coincidieran exactamente con su lecho); hay que salir de la cárcel de la ideología, del *pattern* de lectura aplicable —siempre mecánicamente, "inteligentemente", "políticamente"— a todos los libros, esa silla de ruedas que generosamente nos legó la "generación de granito", para decirlo con Luis Thonis. Del pasado, hay que salir, del pasado y la buena conciencia. De lo viejo. Hay que ser joven para leer *Milagro infame*. Hay que soltar las taras. Y escuchar.

La lectura de *Milagro infame* plantea el mismo problema que puede leerse en obras extensas y barrocas como *Eunoe* o *Cuerpos Inéditos*, construcciones poéticas y narrativas que no tienen semejanza en la literatura. Tiene algunos "compinches" entre escritores contemporáneos alejados de los "vanguardismos gagás" según afirma Dupont. Lo mismo sucede con los ensayos de Thonis: Silvio Mattoni señalaba que un ensayo como "Expurgación, Purgación, Anunciación", inaugura un nuevo tipo de ensayo en la Argentina —que no tiene continuadores—. Aquí, Thonis, para poner en escena las imposturas de la cultura de los ochenta, a la que llama el utopismo crónico, apela a la forma teológico-política. El trabajo apareció en diciembre de 1988, antes de los hechos de La Tablada, como si hubiera sido una anticipación. Parece escrito ayer. Lejos de cosechar elogios aumentó las hostilidades, todos los predicadores de la utopía —la vía cubana en plena democracia— luego de los hechos sangrientos que dejó un tendal de víctimas desaparecieron como por arte de magia.

"Thonis en toda su obra unirá cosas sin término alguno: historia y lengua, relato como narración de acciones y escritura, temática novelesca y ensayística y alucinación existencial o poética. Es una obra que hace evidente otra literatura argentina, casi un violento, endiablado y vociferante autor nacional que se ordena en lecturas esquivas, sordas como las de los amigos y que se suelta de la crítica más componedora y taxonómica de lo consabido".<sup>5</sup>

He citado estas lecturas previas para anticipar una lectura precaria de este libro inmenso. Lo que Thonis denomina *Milagro infame* puede leerse desde instancias teológicas, políticas, militares y literarias simultáneamente. La guerra del lenguaje atraviesa el libro de un extremo al otro. La comicidad genial del primer relato, "Código Compinche", nos presenta a Ribbentrop como un argentino oficiando entre los nazis a causa de una estupidez que comienza por desconocer los más elementales gestos diplomáticos: siempre apostó a que si Hitler invadía Polonia, Inglaterra no intervendría. La misma noche que se hizo el pacto de Munich con Dadaier y Chamberlain, Hitler traiciona el pacto y con la Unión Soviética invade Polonia dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Los primeros efectos son el ghetto de Varsovia y la masacre de Katín. "Código compinche" es un relato infernal. Es el encuentro en Buenos Aires de un admirador de Karl Haushofer, responsable de que Japón se incorporara a la política del Eje tras convencer a Hitler que los japoneses eran "los arios de Oriente", y un matemático excéntrico admirador de Turing, quien inventó la máquina llamada "Bombe" que sirvió para descifrar los mensajes alemanes y permitió ganar la guerra. Este hombre trabaja en un nuevo código que permitiría conectar entre sí a un grupo de sujetos decididos a resistir el avance del nazislamismo.

En todos los relatos del libro se insiste con el tema del milagro infame. La "inversión de todos los valores", anunciada por Nietzsche luego de la muerte de Dios, no ha dado lugar a un más allá del hombre, un superhombre, sino a un supermono que trabaja sin saberlo para un nuevo dios gnóstico, hecho de lo peor de los tres monoteísmos. Lo femenino tiene que ser erradicado del mundo. En "Dilema Otoñal" se produce el encuentro entre un serial killer y la víctima, una mujer de la noche que tiene la osadía de encararlo y desearlo porque le recuerda a un hombre que amó. El asesino entra en duda, se pregunta para quién mata y esto lo lleva a disfrutar más del crimen. "La sobrina de Bacon" gira en torno al grito del papa Inocencio, esa hemorragia de sangre hacia adentro representada por el pintor. El tío, pintor, trata de informarle de ese grito a la sobrina y ésta, más que en el cuadro, lo reconoce en el mundo sórdido de los adultos que la rodea del cual el tío forma parte.

"Milagro infame" comienza con chiste de un grupo de académicos que funda un Tribunal sintáctico: cada tres meses publican una página señalando los errores gramaticales o de otro tipo que cometen los escritores. Al principio caen en la indiferencia y la burla pero poco a poco va creciendo su prestigio ya que unos escritores toman sus observaciones para recordárselas a otros. El Tribunal sintáctico se ve acosado por los zartistas. Casi todos los miembros pactan con ellos, menos el narrador de la historia y Desiderio que decide escribir "Milagro Infame". Ve en

este pequeño incidente el futuro fin de la civilización y las libertades y lo novela anticipadamente. Se trata de la tentativa nihilista, favorecida por los intelectuales y las universidades del mundo de la fusión de los antónimos —que la guerra sea paz, la paz servidumbre, y la libertad, esclavitud, que las imperfectas sociedades democráticas sean las totalitarias y éstas perfectas o inexistentes, que el fundamentalismo cumpla el proyecto de las Luces, que la *Carta Magna* sea violada por los mismos que dicen defenderla, que el asesino sea la víctima, etcétera—. Desiderio explora a la cultura "zartista" como fase grotesca y terminal de una civilización. El narrador, a través del comentario de una obra extraviada, satiriza una futura guerra planetaria que ocurre cuando los argumentos teológicos se han vuelto más incomprensibles que la misma guerra religiosa.

El mundo ha sido convertido a una teocracia global. Israel ha sido siniestrado, Estados Unidos ha quedado devastado tras una guerra con China y los sobrevivientes emprenden un viaje espacial en busca de otros planetas, Europa se convierte en Eurabia, con la contribución de los mitómanos de una cultura "revolucionaria", hecha a medida de consumidores contestatarios y situada en el pasaje mismo de lo correctamente político a lo políticamente abyecto. Salvo Rusia y algunas regiones aisladas, todo ha sido convertido en un gran Templo. El único país donde los líderes no se atreven a entrar es en la Argentina a causa de la corrupción. Cuando viene la princesa de Eurabia se enamora de un puntero peronista y ahí comienza la resistencia con escenas desopilantes.

Como señala el autor: "Lo que queda de un mundo en ruinas encuentra en el populismo criollo el último, irónico refugio de una civilización que tuvo a Sócrates y a Cristo, a Leonardo y a Leibniz y que a través de sus métodos y astucias intenta corromper y persuadir a los nuevos conquistadores." •

#### Bibliografía

<sup>1</sup> Monteagudo, Andrés (2013). Sobre *No vienen Avispas*, de Luis Thonis. En *A pegar el cascotazo*, marzo de 2013.

<sup>2</sup> Cipollini, Rafael (2009). "Presentación de *Tokonoma*", 9 de septiembre de 2009.

<sup>3</sup> Cristóbal, Américo (1995). "Un tono inédito". En *Espacios*. Diciembre de 1995.

<sup>4</sup> Dupont, Mariano (2013). "Las palabras del vértigo". En *Suplemento Ñ, Clarín*, 9 de julio de 2013.

<sup>5</sup> Estrin, Laura. "Acerca de *Cuerpos Inéditos*. Literatura argentina, otra literatura". Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

► relato, ensayo—, y llevarlo al extremo como señaló Rafael Cipollini que habla de "esa máquina de guerra que es la escritura de Luis Thonis, enérgico polígrafo que actúa como ideólogo, poeta, teórico, polemista, erudito, narrador y analista".<sup>2</sup>

Lo que podríamos llamar la estética de Thonis puede leerse en "Mosaico para una reedición inédita" donde un grupo de fans de un escritor termina por devorarlo en un festín canibalesco. Américo Cristóbal escribió: "La idea de que hay cuerpos inéditos en la literatura, en la historia, el amor, la política, de esa idea y sus implicancias está hecho este libro. Una plasticidad que no evita las formas y que, al contrario, entabla con ellas un debate de exigencias de principio. Al lado de otros textos irrepetibles '—Aquiles a las cuatro—', que sufre lo que acaso queda de un *delirio colectivo*, irrumpe el humor contundente de 'Mosaico para una reedición inédita', que enfrenta el sueño eterno de toda burocracia cultural cuando excluye la literatura a favor de la ciudad y reproduce en bloque un discurso siempre hecho público y perpetuamente válido. La trama que va de la política a la literatura, de la historia al ensayo, lo que va del relato al poema hace de *Cuerpos Inéditos* un libro que busca situar la condición del sujeto en el rigor de la palabra".<sup>3</sup>

Sobre *Milagro infame*, Mariano Dupont ha escrito: